

Coordina:
Eduardo G. RICO

El libro de la semana

«La guerra del general Escobar», novela anodina

● Nueva acusación de plagio



EDUARDO G. RICO

HE recibido en esta sección la noticia del descubrimiento de la existencia en la novela «La guerra del general Escobar», de un plagio flagrante, al parecer no relacionado con otros que se le han atribuido. No estoy autorizado a reproducir el nombre del que lo denuncia y carezco de tiempo para corroborarlo. Por tanto, ni quito ni pongo. Digo lo que me dicen: en el número 87 de «Historia y vida», y firmado por Andrés Sierra Valverde, apareció un artículo titulado «Cómo murió el coronel Escobar». Parece que las escenas finales de la novela constituyen el reflejo exacto de este artículo.

En cualquier caso, tenga o no razón quien me lo revela, lo que hay que decir de ella, desde una perspectiva crítica, es que no pasa de un relato anodino y mediocre, que se lee como un reportaje sin demasiada «garra». Y no hay otros valores dignos de mención como no sea el de recordar la figura ejemplar de Escobar y su consecuente comportamiento. Sí; hay otro: el de la oportunidad de José Luis Olaizola al escribir un alegato antigolpista —dentro de su línea católica y de derechas— en un momento en que esta amenaza contra la democracia se multiplica o al menos persiste.

Podría decir, por otra parte —pero sería demasiado fácil—, que más parece el esquema de un guión de cine que una novela. Pero puesto que ya está escrito añadiré que no me baso en el conocimiento que tengo de las actividades del autor cuando emito este juicio, sino en el tratamiento que el tema ha recibido de Olaizola, tratamiento que parece exigir un director y unos actores que potencien las escenas dramáticas, desperdiciadas por el ganador del Planeta. Pongo, por ejemplo, su relación con la monja que curó a Escobar cuando resultó herido en Madrid. También las escenas de su juicio y de su muerte. Y aún más: la escasa entidad que adquiere bajo la pluma de Olaizola el conflicto íntimo del general, la contradicción entre sus convicciones y su actuación. Quiere que aparezca en todas las páginas, pero a mi modo de ver no se lo advierte en ninguna con la profundidad que requiere. Porque si existe novela tiene que estar, desde luego, ahí.

Hay contradicciones que no vale la pena señalar, y el mismo autor se disculpa en la última página de algunos fallos menores. Son los menos. Lo importante es que se haya desvanecido entre sus líneas un tema de tan poderoso dramatismo como fue la vida de Escobar y su trágica muerte. Pienso en la modestia que el personaje quería para su existencia, modestia que tal vez quiso respetar José Luis Olaizola en su prosa. Pero entonces la novela desaparece y se queda en el relato anodino a que nos referimos más arriba. Y todo el que admire el valor y sepa calibrar la profundidad del conflicto que Escobar vivió durante tres años tiene que lamentarlo.



César Vallejo, en dibujo de Picasso poco antes de la muerte del poeta

Los progreses dejaron de ser cruzados de la causa, la de siempre. Cambiaron la salvación de su alma por la literatura como creación y la política, entre visillos, esperando-conspirando por tiempos mejores: mientras los tecnócratas esperaban conquistar el mundo con una raqueta de tenis, que era como una galleta ganada por oposición a perpetuidad, una caja de quesitos en porciones para uno, o la simbólica sartén, siempre cogida por el mango, los progreses aspiraban a la transformación de la sociedad con un libro en la mano, que ya no era el de misa.

Entonces se vendió la pana, bien guardada en las arcas de los catalanes desde la primera invasión de los tractores; los campesinos se fueron a la capital y les dio por vestir el mahón de los diarios y el galés dominguero. (Los salarios daban para comprarse un traje) era una pana ilustrada, con coderas que distinguía a los amanuenses de la inteligencia y no a los niños bonitos en uniforme gris y azul, escudo en la pechera, de los colegios de pago.

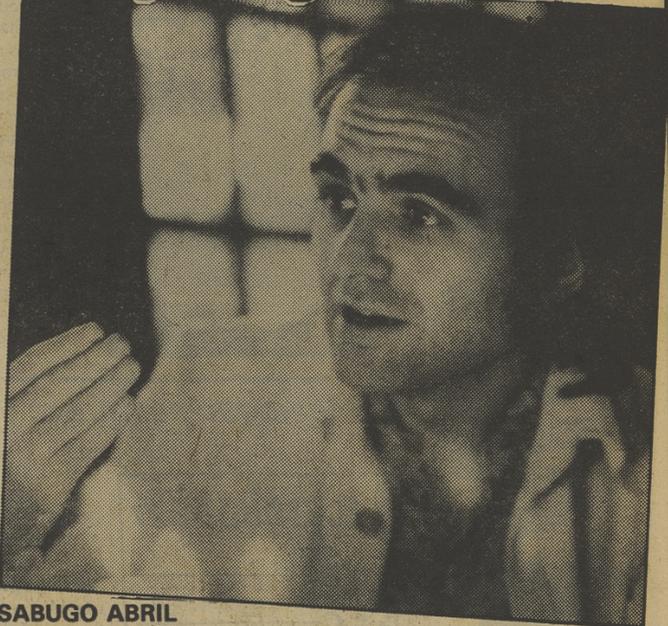
Los progreses traían libros de París en sus maletas; inofensivos libros escritos en francés o inglés, que en aduanas nunca cobraban por pieza de contrabando. Aquellos «livres de poche», o los «penguin», invasión pacífica de los cien mil hijos de Jean Paul Sartre, prestados, dedicados, leídos a escondidas, o disimulados con un forro utilitario.

Los progreses organizaban veladas literarias. (¿Quién no recuerda recitales con poemas de Pablo Neruda, César Vallejo, García Lorca o Alberti, prohibidos de antemano?) Revistas literarias o actos culturales. Cenáculos de amigos en una casa de campo, donde hablaban poemas malditos, intelectuales que no habían publicado ningún libro, mujeres liberadas por Simone de Beauvoir, jóvenes creadores sin un real. La burguesía ilustrada pagaba aquellas cenas como una inversión de futuro.

La progresía era de Barcelona. Y luego de Madrid, de

Una minirrevolución cultural

El discreto olvido de la progresía



A. SABUGO ABRIL

LA progresía fue la minirrevolución cultural de una burguesía ilustrada y literaria, que ya no hacía ejercicios espirituales por Pascua Florida, sino que leía a Sartre, a Camus, a Freud y a Tehilhard de Chardin, en un afán de liberación que fue moda y modo. Un descontento gestual más que íntimo; se notaba en el vestir. (Adiós a las corbatas, símbolo pavirreal del macho, lazo de las gargantas y las ideas). Se perdieron las formas en las familias de bien y patrimonio, y el hijo, con deportivo de toda la vida y flequillo de monago de misa de doce, se convirtió en un rebelde con causa, que imitaba a James Dean o se piraba por Elvis Presley.

Bilbao, Valencia o de Sevilla. Los políticos de entonces guardaban régimen. La progresía de banqueros, industriales, despachos liberales con altos libramientos, mandaban ya a sus chicos a estudiar al extranjero: Inglaterra, Francia, Estados Unidos, se convirtieron en tierras de promisión donde germinaban los cerebros trasplantados y se aprendía economía y liberalismo o literatura y libertad. Aquellos muchachos con sonrisa de Harvard, muy ensayada la fotografía de tanto mascar chicle; uno con el signo de Oxford, una distinción con pipa y «glamour» para toda la vida; o aquel otro que recibió por Saint Germain-des-prés un ósculo de Sartre. Estaban llamados para grandes empresas, que hubiese dicho el jesuita padre espiritual, en pasados días de domund y victoria contra el maligno.

En 1968, cuando ya los progreses tenían sus «master» en el bolsillo y el general De Gaulle, por supuesto, estaba viejo, se anunciaba un mayo movido y cultural, con carreras, adoquines, sentadas, manifestaciones, mítines, banderas de

Odeón y un lema: «La imaginación, al poder». Pero habría que esperar todavía algunos años de travesía por el desierto, entre prohibiciones, panfletos poéticos, proclamas entre teológicas y políticas, cárcel para algunos, espera para muchos, festivales de teatro nuevo, película de arte y ensayo. Y la lectura, siempre la lectura, como sueño de una política, de una literatura imposible.

Hacia 1975 la progresía se fue desintegrando. Los soñadores de antaño se transformaron en pragmáticos de punta y hora. Los partidos se llevaron a los poetas del ciclostilo a imaginar carteles y sueños, a varias tintas, impresos para la libertad de la clase. Los poetas anónimos soñaban la nueva poesía transformacional y generativa, alternativa válida al pareado en «spray» y cuarteto de olivetti con un endecasílabo cojo.

La progresía de banca y cátedra, ya no patrocinaba veladas literarias, ni cinefórum ni clubs para el progreso. Invertía en nuevas demandas sociales, oportunidades de futuro, ya

a las puertas de sus bolsillos. El país cambiaba.

La progresía sólo era posible entre las cuatro paredes blancas de la censura, el miedo del futuro, la insularidad de España. Cuando Europa era Biarritz o Perpignan; el Casino, para veraneantes de divisas o las colas de un cine súper «S» o maxi «X»; una romería de automóviles hacia el rocío-cine prohibido. Bastó la libertad para que la progresía, burguesía librería de piel de lujo, se esfumase.

Los progreses de antaño son ejecutivos de ahora, y se lo merecen. Dejaron sus chaquetas de pana. Visten ternos de sastré, presiden consejos de administración. Asisten a las cenas-espectáculos del Scala Meliá. Los antiguos libros juveniles están cerrados; apenas leen los periódicos. Han triunfado, y sin embargo, añoran aquellos años locos, cuando eran revolucionarios culturales, rebeldes de flequillo, contra la guerra de papá. Tenían muchas novias, escribían poemas. (Sólo los más desarraigados, los que renunciaron a su clase, se convirtieron en intelectuales activos, en escritores creadores). Pero, y sirva de ejemplo, ¿quién teme a Terenci Moix, Billy Niño de aquella progresía catalana que después de años en el limbo, vuelve de la niebla, a la literatura castellana? ¿A quién escandaliza Moix, «Terenci del Nilo» «Nuestro Virgen de las mártires». Los progreses de mejor paño han triunfado. Después de algunos años, entre el juego contestatario y el seguro a todo riesgo de la familia, han heredado el mismo despacho de su padre.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

950 millones de alemanes



«Partos mentales», de Günter Grass. Traducción de Genoveva Dieterich. Alfaguara.

En este curioso libro de Günter Grass coinciden algunas de sus principales virtudes de narrador: la fantasía, el sentido del humor, la ironía, el arte de contar con amenidad una historia de la cual lo menos que puede decirse es su carácter original. Hasta su propio nombre nos sirve de indicador de la marcha que su relato lleva. Leer a Grass es, verdaderamente, una delicia. Imaginarse en la realidad su ocurrencia de que 950 millones de chinos puedan convertirse en otros tantos millones de alemanes ya es darle vueltas a la invención. El caso es que Grass juega con todo, desde el monólogo interior —por así llamar su técnica, aunque no sea este su exacto sentido— a los cambios de las coordenadas kantianas, el tiempo y el lugar. Un libro para exigentes.

La lucha por la vida

«Diario de una rebelión», de Cristina de Areilza. Espasa Calpe.



A Cristina de Areilza le diagnosticaron el 27 de febrero de 1982 una de las peores enfermedades: la leucemia. Desde el primer día de este conocimiento, la hija del conde de Motrico, empezó una lucha que duró semanas, y en la cual resultó vencedora.

¿Cuál es el valor de este libro? No la manifestación de alegría por haber encontrado una curación que parecía imposible. Reside en otra cosa: es el libro de una rebelde, que combate contra las fuerzas que le niegan su derecho a seguir viviendo. Esta clase de rebelión puede darse en muy diversos planos de la existencia. Aquí tenemos a la protagonista de uno de ellos relatando día a día su experiencia y su esperanza, su decisión y su fe en sí misma. Un libro admirable —además de bien escrito— que emociona y conmueve. Lo prologa don Pedro Laín Entralgo. Será uno de los «libros del año».

Un segundo, primerísimo

«La canción del pirata», de Fernando Quiñones. Planeta.



Dice el pueblo que todas las comparaciones son odiosas. Esta, más. Nos encontramos ante la novela finalista del último Planeta. Obtuvo dos votos de los cinco miembros de que se compone el jurado, número suficiente para percatarse de que, como el agua, algo tiene este libro cuando lo bendicen. Sin extremar el parangón, daremos nuestro gusto personal sobre la novela de Quiñones. Se trata de una narración extensa, de enorme riqueza imaginativa, estilo barroco, abundante en incidencias, reconstructora y unificadora de todo un mundo. Está centrada en el siglo XVII, entre 1639 y 1682, y es, sencillamente, una novela de aventuras, apasionante a veces, interesante siempre. Y sobre todo excelentemente escrita. Es la novela de un profesional, con mucha experiencia tras de sí. Yo la hubiera votado.

Casona jovial

«Retablo jovial», de Alejandro Casona. Biblioteca Edaf.



Para muchos, el asturiano Alejandro Casona ha sido el escritor de una época ya cerrada para otros, un escritor menor potenciado por su valor cívico y las especiales circunstancias de su vida. De cualquier manera, hay un Casona que sigue ahí y todavía tiene algo que decirnos con su ejemplo personal. Por ejemplo, el desarrollado con su «Teatro del pueblo», de las Misiones Pedagógicas que condujo a todos los rincones españoles esta forma de la cultura. En el volumen que hoy comentamos, introducido por Mauro Armijo, hay varias piezas cortas: «Sancho Panza en la Insula», «Entremés del mancebo que casó con mujer brava», etc., todas ellas conocidas y valoradas por los buenos aficionados a la escena. Un libro útil para las nuevas generaciones, tanto por su pedagógica presentación como por su aportación, nueva para los jóvenes.

La sociedad se mueve

«A Priori», publicación trimestral de movimientos sociales; julio-diciembre.



Toda iniciativa de orden radical —y ésta lo es— debe ser bien recibida en un país en que los movimientos marginales, ecológicos o alternativos no poseen mucha fuerza. Si esta iniciativa es una revista tan originalmente presentada como ésta —que además no se limita al ámbito español, sino que también se edita en inglés y en francés—, tanto mejor. En este número, que dirige Francisco Herrera, y que cuenta con un consejo de redacción en el que figuran españoles, ingleses y franceses, podemos leer un buen trabajo sobre el movimiento por la paz en los Estados Unidos, con un artículo de Michael Kazin y una entrevista con Randall Forsberg. Es interesante asimismo el trabajo de Alberto Melucci sobre los movimientos sociales en el capitalismo tardío.

El número 2

«El público», periódico mensual editado por el Centro de Documentación Teatral, número 2.



Ya ha salido el número 2 de la revista «El público», que dirige con talento y eficacia, Moisés Pérez Cotterillo. Es una publicación exenta de la pedantería de otras de la misma o parecida naturaleza, y trata temas que pueden extenderse entre el teatro musical que hace en este momento con tanto éxito Esperanza Roy, hasta el comentario sobre la cifra de recaudaciones taquilleras de los teatros madrileños, pasando por una cartelera —nueva en este número— compuesta por un cuaderno central, con los nombres, los títulos, medidas, precios y direcciones del teatro en nuestro país. También aparece un excelente informe sobre el teatro en la Generalidad. Una hermosa idea editorial perfectamente realizada.

El libertador

«Pensamientos del libertador», de Simón Bolívar. Ameri textos.



El prologuista, Lovera de Sola, nos ofrece una semblanza muy concisa, pero también muy elocuente, de la vida y la obra —política, literaria, de hombre de Estado— de Simón Bolívar, El libertador. Cualquier persona de mediana cultura conoce su trayectoria —Caracas, Madrid, París, Caracas—, sus luchas, sus contradicciones con otros políticos del tiempo, su talento para aprovechar las circunstancias y su gran ambición por una América unida. Este breve libro extracta, basándose en sus muy diversos escritos —cartas, artículos, etc.—, el pensamiento de Bolívar, que se nos ofrece en aforismos perfectamente comprensibles acerca de su proyecto vital. El hombre y el estadista quedan aquí perfectamente reflejados a través de sus propias palabras.

Los Moix no se detienen

«A imagen y semejanza», de Ana María Moix. Poesía. Lumen.



Los hermanos Moix componen una familia definida por la amplitud de sus inquietudes literarias. Mientras que Terenci se ocupa de traducir a Shakespeare, viaja al Niño o conversa con el Alberti exiliado en la plaza de Santa María, su hermana Ana María elige un camino que injustamente se considera menor, por la modestia de sus objetivos y el tono casi familiar de su voz. Aquí está de nuevo la Ana María Moix de Julia, aquella novela no suficientemente valorada; la de las Baladas del dulce Jim, que tanto contribuyó a configurar a los «Novísimos», de Castellet. También sus relatos para niños, bajo el título de «La maravillosa colina de las edades primitivas». Ahora nos llega su «A imagen y semejanza», nueva versión de «No time for flowers», que obtuvo el premio Vizcaya del Ayuntamiento de Bilbao en 1969. La familia Moix sigue.

El hijo pródigo

«Revista de Occidente», número 29, año 1983.



Martín Lutero ha dado lugar, en su quinto centenario, a largas y detenidas reflexiones por parte de teólogos, científicos y hasta literatos. En nuestro país, hasta la Prensa diaria se ha ocupado largamente del monje agustino, hereje para Roma. Durante siglos, el Vaticano lo presentó como la encarnación del mal, y así nos lo enseñaron por estos pagos en los años de nuestra educación, sometida a la peor de las intolerancias. Quisieron convencernos de que el liberalismo es pecado, el comunismo intrínsecamente perverso, y Lutero un monje que sencillamente quería casarse y llevar una vida regalada. Por eso se produjo la contrarreforma y la «España martillo de herejes, luz de Trento, etc.». Ahora Roma ha cambiado de talante y ve en los luteranos posibles dialogantes. Woytilla piensa que el peligro está en otra parte. «Revista de Occidente» acaba de dedicar dos afortunados artículos a la figura de Lutero.

Los derechos de la mujer

«La mujer ante la ley», de Odila Pérez y Margarita Trallero. Ed. Martínez Roca.



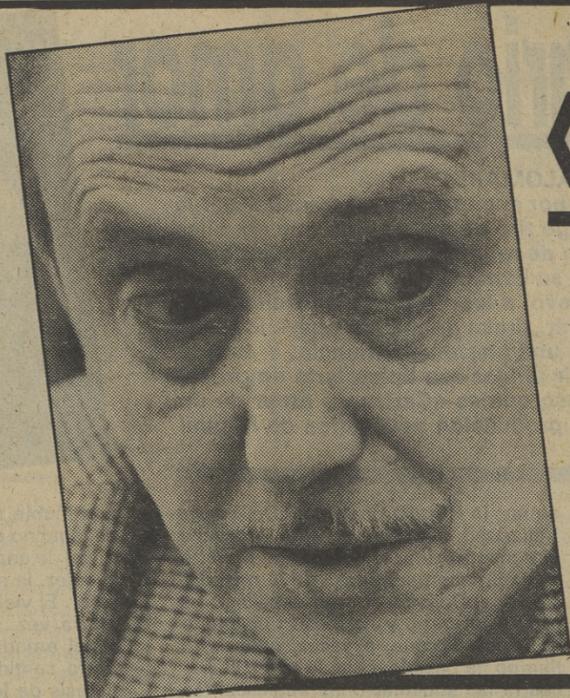
Este es un libro útil: Se trata de una guía práctica acerca de los derechos de la mujer, a la luz de la más reciente legislación española, y en concreto en relación con la constitución de 1978. Es, pues, un «consejero legal» —y así lo presentan sus autoras— con las respuestas a las preguntas jurídicas más habituales. Los temas usuales, ya se sabe: el matrimonio, la separación, el divorcio, la nulidad, los hijos, el trabajo, los impuestos, la mujer y la prisión, la herencia, la violación, el aborto... Se trata, pues, de un libro dirigido a la mujer y, a nuestro modo de ver, indispensable para ella en orden a la problemática más acuciante de nuestro tiempo.

Una nueva obra de Buero Vallejo

Pero está ahí, estrenando cada dos años, encontrando la paz del corazón, que decía Camus, al poder decir «he hecho lo que debía y no lo que me convenía».

—Siempre ha sido un escritor «comprometido»; lo es también ahora. ¿Cómo entiende ese «compromiso» hoy?

—Me considero un escritor «comprometido» ahora y antes. Anteriormente hablaba escritores a los que se juzgaba más comprometidos que a mí, y desde puntos de vista muy concretos quizá fuera cierto. Siempre he entendido el «compromiso» de una manera igual, pero esto en otro tiempo se traducía en que los partidarios férreos del «compromiso en el arte» reprobaran en mi teatro que el «compromiso» no terminara de ser lo bastante rotundo. Yo lo veía así, y no porque estuviésemos en una situación de dificultad expresiva. Es que el arte debe ser así, y lo sigo entendiendo de esta manera. Podrás decir algo más porque la situación lo permite, pero tanto ayer como hoy el arte es una exploración esquemática que el escritor hace sobre cosas que a veces él mismo no ve muy claras y en el cual hay un compromiso, pero con ciertas constantes mentales y sentimentales que le sostienen a uno. Pero no es el compromiso de servir como criada sumisa a una



determinada ideología. El compromiso es más complejo y más ambiguo en el arte.

Un crítico catalán muy prestigioso dijo tras un estreno mío: «Bien, la última parábola, el último símbolo.» Estaba equivocado. Aunque no haya que torear a la censura, el arte sigue siendo lo difícil de llamar al pan vino y al vino pan. Y si no somos capaces de entrar en esa complejidad mínimamente necesaria, dediquémonos a otra cosa, porque sólo estaremos haciendo un catecismo.

—A través de su obra ha sido un crítico de su tiempo, de su país.

—Yo he estado ligado a la actualidad que me rodea, pero esto no quiere decir que me haya limitado a

escribir un teatro testimonial, de estricta actualidad. He escrito obras de carácter simbólico, histórico, lo cual, a primera vista, puede significar que me he alejado de la actualidad, pero de una manera profunda no es así, porque somos actuales hasta cuando no queremos.

—Su teatro es, además de un texto o de una idea que quiere transmitir, un espectáculo en toda su complejidad.

—Creo que hay una cierta positividad teatral en lo que hago. Yo hago teatro con texto, pero con otras cosas. No creo que haya un autor, en el sentido fuerte de la palabra, que sea un perfeccionador de textos. Cuando es un verdadero hombre de teatro apunta una serie de aspectos apa-

«Diálogo secreto»

ANTONIO Buero Vallejo ha terminado una nueva obra de teatro que con el título «Diálogo secreto» se estrenará probablemente esta temporada. Han pasado ya treinta y cuatro años desde que ganara el premio Lope de Vega, en su primera edición tras la guerra civil, con la obra «Historia de una escalera».

Ahora, con una importante producción teatral a cuestas —con títulos como «La fundación», «La detonación» o «El concierto de San Ovidio»—, Antonio Buero se siente «un poco pasota» y ve pasar los años «con cierta sosegada melancolía», y pasando los peores momentos «cuando tengo que escribir, que es algo que me causa verdadera enfermedad y quebraderos de cabeza».

● «Está en la línea de mis últimas producciones»

● «El arte sigue siendo llamar al pan vino y al vino pan»

—¿Cómo es «Diálogo secreto»? ¿Está dentro de las líneas de su producción anterior?

—Es de actualidad, de nuestro tiempo. El título apunta, en cierto modo, el carácter intimista, interiorizado, que la obra tiene. Se desarrolla en una envoltura de orden social perfectamente identificable, pero que, como es muy frecuente en mi teatro, pone el acento en los conflictos individualizados, íntimos, entrañables, de ciertos seres concretos. Está, más o menos, en la línea de mis últimas obras, con esa conexión entre realidad objetiva e imaginación relativamente fantasmagórica. Tiene una visión del conflicto de carácter trágico, lo cual, ¡ay de mí!

hará que más de un comentarista diga que es melodramático.

—Usted es un autor de éxito. Muestra de ello es la expectación que ya empieza a despertar su última obra, y el acontecimiento que ha podido llegar a suponer cualquier estreno suyo.

—No sé muy bien cuál ha podido ser la causa del éxito y la continuidad. Quizá está en las entrañas mismas de lo teatral; no tanto en la significación de las obras que en sí tenían relación a problemas nuestros, o en las congojas del hombre que podían estar en mi teatro. Creo que el secreto está en las obras, como tales obras, que de hecho funcionaban.

Rafael GARCIA

El que vino a salvarme

VIRGILIO Piñera es uno de los grandes narradores cubanos: se exilió en épocas difíciles, regresó, y hasta su muerte, acaecida en 1979, estuvo con la revolución. Participó en los movimientos vanguardistas («Orígenes», «Cición»), fue poeta y escribió teatro. Alfaguara nos ofrece ahora, en un libro que aparecerá en breve, más de cuarenta cuentos de un escritor que supo unir la literatura, la historia y la vida.

Siempre tuve un gran miedo: no saber cuándo moriría. Mi mujer afirmaba que la culpa era de mi padre; mi madre estaba agonizando, él me puso frente a ella y me obligó a besarla. Por esa época yo tenía diez años y ya sabemos todo eso de que la presencia de la muerte deja una profunda huella en los niños... No digo que la aseveración sea falsa, pero en mi caso, es distinto. Lo que mi mujer ignora es que yo vi ajusticiar a un hombre, y lo vi por pura casualidad. Justicia irregular, es decir dos hombres le tienden un lazo a otro hombre en el servicio sanitario de un cine y le degüellan. ¿Cómo? Yo estaba encerrado haciendo caca y ellos no podían verme; estaban en los mingitorios. Yo hacía caca placidamente y de pronto oí: «Pero no van a matarme...» Miré por el enrejillado, y entonces vi una navaja cortando un pescuezo, sentí un alarido, sangre a borbotones y piernas que se alejaban a toda prisa. Cuando la Policía llegó al lugar del hecho me encontré desmayado, casi muerto, con eso que le dicen «shock nervioso». Estuve un mes entre la vida y la muerte.

Bueno, no vayan a pensar que, en lo sucesivo, iba a tener miedo de ser degollado. Bueno, pueden pensar, están en su derecho. Si alguien ve degollar a un hombre, es lógico que piense que también puede ocurrirle lo mismo a él, pero también es lógico pensar que no va a dar la maldita casualidad de que el destino, o lo que sea, le haya escogido a uno para que tenga la misma suerte del hombre que degollaron en el servicio sanitario del cine.

No, no era ese mi miedo; el que yo sentí, justo en el momento en que degollaban al tipo, se podía expresar con esta frase: ¿Cuál es la hora? Imaginemos a un viejo de

ochenta años, listo ya para enfrentarse a la muerte; pienso que su idea fija no puede ser otra que preguntarse: ¿Será esta noche...? ¿Será mañana...? ¿Será a las tres de la madrugada de pasado mañana...? ¿Va a ser ahora mismo en que estoy pensando que será pasado mañana a las tres de la madrugada...? Como sabe y siente que el tiempo de vida que le queda es muy reducido, estima que sus cálculos sobre la «hora fatal» son bastante precisos, pero, al mismo tiempo, la impotencia en que se encuentra para fijar «el momento» los reduce a cero. En cambio, el tipo asesinado en el servicio sanitario supo, así de pronto, cuál sería su hora. En el momento de profetizar: «Pero no van a matarme...», ya sabía que le llegaba su hora. Entre su exclamación desesperada y la mano que accionaba la navaja para cercenarle el cuello, supo el minuto exacto de su muerte. Es decir que si la exclamación se produjo, por ejemplo, a las nueve horas, cuatro minutos y cinco segundos de la noche y la degollación a las nueve, cuatro minutos y ocho segundos, él supo exactamente su hora de morir con una anticipación de tres segundos.

En cambio, aquí, echado en la cama, solo (mi mujer murió el año pasado y, por otra parte, no sé la pobre en qué podría ayudarme en lo que se refiere a lo de la hora de mi muerte), estoy devanándome los pocos sesos que me quedan. Es sabido que cuando se tiene noventa años (y es esa mi edad) se está, como el viajero, pendiente de la hora, con la diferencia de que el viajero la sabe y uno la ignora. Pero no anticipémoslo.

Cuando lo del tipo degollado en el servicio sanitario yo tenía apenas veinte

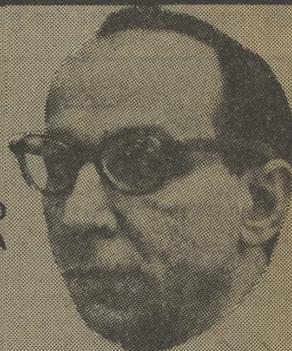


años. El hecho de estar «lleno» de vida en ese entonces y además, tenerla por delante casi como una eternidad, borró pronto aquel cuadro sangriento y aquella pregunta angustiada. Cuando se está lleno de vida sólo se tiene tiempo para vivir y «vivir». Uno «se vive» y se dice: «¡Qué saludable estoy, respiro salud por todos mis poros, soy capaz de comerme un buey, copular cinco veces por día, trabajar sin desfallecer veinte horas seguidas!...» y entonces uno no puede tener noción de lo que es morir y «morirse». Cuando a los veintidós años me casé, mi mujer, viendo mis «ardores» me dijo una noche: «¿Vas a ser conmigo el mismo cuando seas un viejito?» Y le contesté: «¿Qué es un viejito? ¿Acaso tú lo sabes?»

Ella, naturalmente, tampoco lo sabía. Y como ni ella ni yo podíamos, por el momento, configurar a un viejito, pues nos echamos a reír y fornicamos de lo lindo.

Pero recién cumplidos los cincuenta,

por VIRGILIO PIÑERA



empecé a vislumbrar lo de ser un viejito, y también empecé a pensar en eso de la hora... Por supuesto, proseguía viviendo, pero al mismo tiempo empezaba a morir, y una curiosidad, enfermiza y devoradora, me ponía por delante el momento fatal. Ya que tenía que morir, al menos saber en qué instante sobrevendría mi muerte, como sé, por ejemplo, el instante preciso en que me lavo los dientes...

Y a medida que me hacía más viejo, este pensamiento se fue haciendo más obsesivo hasta llegar a lo que llamamos fijación. Allí por los setenta hice, de modo inesperado, mi primer viaje en avión. Recibí un cablegrama de la mujer de mi único hermano avisándome que éste se moría. Tomé pues el avión. A las dos horas de vuelo se produjo mal tiempo. El avión era una pluma en la tempestad, y todo eso que se dice de los aviones bajo los efectos de una tormenta: pasajeros aterrados, idas y venidas de las aeromozas, objetos que se vienen al suelo, gritos de mujeres y de niños mezclados con Padrenuestros y Avemarías, en fin ese «memento mori» que es más «memento» a cuarenta mil pies de altura.

Gracias a Dios —me dije—, gracias a Dios que por vez primera me acerco a una cierta precisión en lo que se refiere al momento de mi muerte. Al menos, en esta nave en peligro de estrellarse, ya puedo ir calculando el momento. ¿Diez, quince, treinta y ocho minutos...? No importa, estoy cerca, y tú, muerte, no lograrás sorprenderme.

Confieso que gocé salvajemente. Ni por un instante se me ocurrió rezar, pasar

(pasa a la página siguiente)

Miguel Delibes, epistolario de amor

La prosa de Delibes es la de siempre. Quiero decir que las innovaciones en materia estética son algo difícil, rara vez se logran y, una vez conseguidas, extraña vez se innovan. En Delibes ocurre algo así. Miguel Delibes es poseedor de algo tan difícil como un estilo. Acaso, no sé, tengamos que hacer caso a aquello que Borges nos propusiera: «Un estilo no es otra cosa que el conocimiento de las propias limitaciones», cierto, pero no hay que olvidar que esas limitaciones, parafraseando a Gil de Biedma «hay que merecérselas», y Delibes, obviamente, se las merece. Creo que el principal logro de la nueva prosa de Delibes consiste esencialmente en su vinculación con un género a extinguir. Miguel Delibes ha escrito, nos regala, un Epistolario. Supongo que en la civilización de los «mass-media» de Mackluhan «el mensaje es el medio» la cibernética y las multinacionales de, digamos, la «press» es extraño que un novelista se decante, precisamente, por esta forma de novelar. Y, claro, semeja más extraño todavía que lo haga precisamente sobre tema tan manido como el amor. Resulta que, delicadamente, Delibes nos ofrece, eso: un Epistolario de amor.

Un hombre de sesenta y cinco años, un hombre vulgar, un hombre común, un hombre hijo y heredero de todos sus tópicos, contacta, por carta, con una viuda que se hace anunciar en una nota de revista, dentro de esos viejos y apollados semanarios sentimentales. Hasta ahí la trama, la cosa argumental. El resto es literatura. Reivindicar, sin altisonancias, la Epístola, la carta, como medio de comunicación es, según lo entiendo, apostar por un sentido literario de lo verbal-escrito y por una sublimación, lírico-imaginativa, de las relaciones. Escribimos cartas, nos escribimos en ellas, supongo, para que otros al descubrirnos no nos teman y, en cierto sentido nos salven en el reconocimiento. Es algo así de simple, algo así de humilde. Y Delibes, novelista que hace bueno aquello de Ortega referido a Azorín, escritor de «los primores de lo vulgar», construye con semejante esquema una prosa rica, matizada, dulce,

JOAQUIN CALOMARDE

« Yo solamente hojeaba la revista por encima pero, al transitar por la página que inserta su minuta, algo tiró de mí, se diría que aquellas líneas estaban imantadas, cobraron de repente relieve y movimiento, de modo que no pude sustraerme a su llamada.» Lo mismo me ocurre a mí siempre que comienzo, de nuevo, a leer la prosa de Delibes. Es como si algo, que no acierto a definir, tirase de mí, sin quererlo lo sé, pero con efectividad, con tino, con una cierta vehemencia. Y esto, a lo que aludo, se vuelve a reproducir al leer ese Epistolario amoroso, tierna, irónica y dulcemente amoroso que es «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», la última producción novelística de Miguel Delibes.

suave, melancólica, irónica y sobria con la que describe espléndidamente todo aquello que pretende contar. Eso, lo que pretende contar, no es sino la repetición constante de la monotonía, la repetición constante de lo vulgar, de lo genuinamente humano, de lo simple y lo elemental. ¿Cuáles son las características del personaje? Veámoslas: «Soy un hombre irresoluto y, a veces, pienso con amargura que me moriré sin conocerme. ¿Sabe usted en todo momento a qué obedecen sus decisiones? ¿Nunca se dejó arrastrar por las circunstancias? ¿Jamás actúa por intuición, indignación o temor? Justo eso. Un hombre vulgar, soterrado, solo y melancólico. Es este ser, este hombre, quien sin saber por qué, aciegamente, inicia esa correspondencia amorosa y, justo en ese hecho radica su voluptuosidad: en atreverse a escribir, en atreverse a franquear el umbral suicida de la comunicación para ponerse en contacto con un personaje típicamente novelesco, inexistente pero tangible. La silueta borrosa de un nombre de anuncio. El lenguaje epistolar de Delibes es comedido, extremadamente austero, sin ninguna concesión a algo que no sea castellano. Delibes, lo dije hace tiempo al comentar «Los santos inocentes», es el escritor de Castilla por excelencia. Pero hay que tener en cuenta que la Castilla entrañable del novelista es la misera y pobre, la Castilla de las milanas y los oscuros conventos a lo largo y ancho del mar amarillo, la Castilla aquella que cautivase a Machado: «tierras tristes, tan tristes que tienen

alma»; la Castilla de Miguel Delibes es Valladolid o Burgos y esto le suena extraño, próximo también a un Mediterráneo, deben ser cosas de la miseria.

Miguel Delibes, el gran novelista, ha escrito un largo y hermoso Epistolario de amor. Porque, a veces, cuando el tiempo ha pasado, cuando ni las ilusiones ni las sublimaciones adolescentes existen ya, supongo, el amor debe ser esto: la búsqueda sola de compañía y nombre, el amor debe de parecerse mucho al café con leche, a las sábanas limpias, a las alacenas repletas de membrillos o codornices, al calor de un brasero, sobre todo cuando, como el personaje voluptuoso de la epístola delibesiana uno ha entrado ya en la última recta, en el camino sin ribera y sin retorno, en el último sendero que lleva a ninguna parte. Ahí, en ninguna parte, desde ella, se erige la soberbia prosa de Delibes. Prosa que no asombra por lo austero, pero que cautiva por lo humilde, respetuoso y sincero. Leer a Miguel Delibes, leerle despacio, como se merece, con el ritmo lento que él impone a su prosa, es entrar en un mundo recreado, lírico, de sugerencias e insinuaciones, delicado, matizado.

«Pero a lo que iba, señora. Yo soy un enfermo saludable o, si lo prefiere, un enfermo que nunca se muere ni acaba de sanar del todo.» Quedan lejos la Régula o el Azarías de «Los santos inocentes»; queda lejos aquella especie de esperpento castellano. Aquí la prosa de Delibes se quiebra, se hace más honda, más familiar, más íntima, más



entrañable, también más desesperanzada, aquí no ocurre nada, es una historia trivial de una trivialidad: la cotidianidad, la vejez, la remembranza, la muerte, el amor. El viejo de la «Hoja roja» lía, una y otra vez, su cigarrillo eterno con el papel amarillento de estas cartas. En cierto sentido este Epistolario es una síntesis de los temas principales de la novelística de Delibes: el campo, la miseria, la naturaleza, lo elemental, lo humano, lo vivo, la muerte, el tiempo, la conciencia y la descripción de unos seres toscos, quizá primarios, lejanos, por ejemplo a los de Cela, pero incrustados como un matojo en una hilera de trigo de cualquier meseta. La prosa de Miguel Delibes es eso: campo castellano, milanas, cielo azul, cartas a una viuda, amor desentrañado, extranjero, agonizante, un cigarrillo en un casino, castellano adusto y seco, adjetivación exacta, limpieza. Y uno termina el libro, la prosa, con una sensación de infinita angustia, amargura. La vida es esto, a veces, ni eso. Delibes se atreve a contarlo, a contárnoslo, con la sutileza y extremada delicadeza que le caracterizan. El amor, la soledad, la vejez y la muerte bien valen un Epistolario. Sobrevivir, a veces, exige unas cartas, aunque sean a una desconocida de quien ninguna respuesta esperamos, quizá por ello entonces escribamos eso, cartas, esparcidas letrillas, un epistolario de amor.

Delibes, Miguel:
«Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso»
Destino: Barna, 1983.

El que vino a salvarme

(viene de la página anterior)
revista a mi vida, hacer acto de contricción o simplemente esa función fisiológica que es vomitar. No, sólo estaba atento a la inminente caída del avión para saber, mientras nos íbamos estrellando, que ese era el momento de mi muerte.

Pasado el peligro, una pasajera me dijo: «Oiga, le estuve viendo mientras estábamos por caer, y usted como si nada...» Me sonreí, no le contesté; ella, con su angustia aún reflejada en su cara, ignoraba «mi angustia» que, por una sola vez en mi vida, se había transformado a esos cuarenta mil pies de altura en un estado de gracia comparable al de los santos más calificados de la Iglesia.

Pero a cuarenta mil pies de altura en un avión azotado por la tormenta —único paraíso entrevisto en mi larga vida— no se está todos los días; por el contrario se habita el infierno que cada cual se construye: sus paredes son pensamiento, su techo, terrores y sus ventanas, abismos... Y dentro, uno helándose a fuego lento, quiero decir perdiendo vida en medio de llamas que adoptan formas singulares, «a qué horas» un martes o un sábado, «en el otoño o en la primavera»...

Y yo me helo y me quemó cada vez más. Me he convertido en un acabado espécimen de un museo de teratología y al mismo tiempo soy la viva imagen de la desnutrición. Tengo por seguro que por mis venas no corre sangre sino pus; hay que ver mis escaras —purulentas, cárdenas—, y mis huesos, que parecen haberle conferido a mi cuerpo una muy otra anatomía. Los de las caderas, como un río, se han salido de madre; las clavículas, al descarnarme, parecen anclas pendiendo del costado de un barco; los occipitales hacen de mi cabeza un coco aplastado de un mazazo.

Sin embargo, lo que la cabeza contiene sigue pensando, y pensando en su idea fija; ahora mismo, en este instante, en mi cuarto, tirado en la cama, con la muerte encima, con la muerte, que puede ser esa foto de mi padre muerto, que me mira y me dice: «Te voy a sorprender, no podrás saber, me estás viendo pero ignoras cuándo te asestaré el golpe...»

Por mi parte, miré más fijamente la foto de mi padre y le dije: «no te vas a salir con la tuya, sabré el momento en que me echarás el guante y antes gritaré: ¡Es

ahora! y no te quedará otro remedio que confesarte vencido.»

Y justo en ese momento, en ese momento que participa de la realidad y de la irregularidad, sentí unos pasos que, a su vez, participaban de esa misma realidad e irrealdad. Desvié la vista de la foto e inconscientemente la puse en el espejo del ropero que está frente a mi cama. En él vi reflejada la cara de un hombre joven, sólo su cara ya que el resto del cuerpo se sustrala a mi vista debido a un biombo colocado entre los pies de la cama y el espejo. Pero no le di mayor importancia; sería incomprendible que no se la diera teniendo otra edad, es decir, la edad en que uno está realmente vivo y la inopinada presencia de un extraño en nuestro cuarto nos causaría desde sorpresa hasta terror. Pero a mi edad y en el estado de languidez en que me hallaba, un extraño y su rostro es sólo parte de la realidad-irrealidad que se padece. Es decir, que ese extraño y su cara era, o un objeto más de los muchos que pueblan mi cuarto, o un fantasma de los muchos que pueblan mi cabeza. En consecuencia volví a poner la vista en la foto de mi padre, y cuando volví a mirar el espejo la cara del extraño había desaparecido.

Volví de nuevo a mirar la foto y creí advertir que la cara de mi padre estaba como enfurruñada, es decir la cara de mi padre por ser la de él, pero al mismo tiempo con una cara que no era la suya, sino como si se la hubiera maquillado para hacer un personaje de tragedia. Pero vaya usted a saber... En ese límite entre realidad e irrealdad todo es posible, y más importante, todo ocurre y no ocurre. Entonces cerré los ojos y empecé a decir en voz alta: ahora, ahora... De pronto sentí ruido de pisadas muy cerca del respaldar de la cama; abrí los ojos y allí estaba, frente a mí, el extraño, con todo su cuerpo largo como un kilómetro. Pensé: «Bah, lo mismo del espejo...» Y volví a mirar la foto de mi padre. Pero algo me decía que volviera a mirar al extraño. No desobedecí mi voz interior y le miré. Ahora esgrimía una navaja e iba inclinándose lentamente el cuerpo mientras me miraba fijamente. Entonces comprendí que ese extraño era el que venía a salvarme. Supe con una anticipación de varios segundos el momento exacto de mi muerte. Cuando la navaja se hundió en mi yugular, miré a mi salvador y, entre borbotones de sangre, le dije: «Gracias por haber venido.»

1967

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado
por Manuel F. MOLES